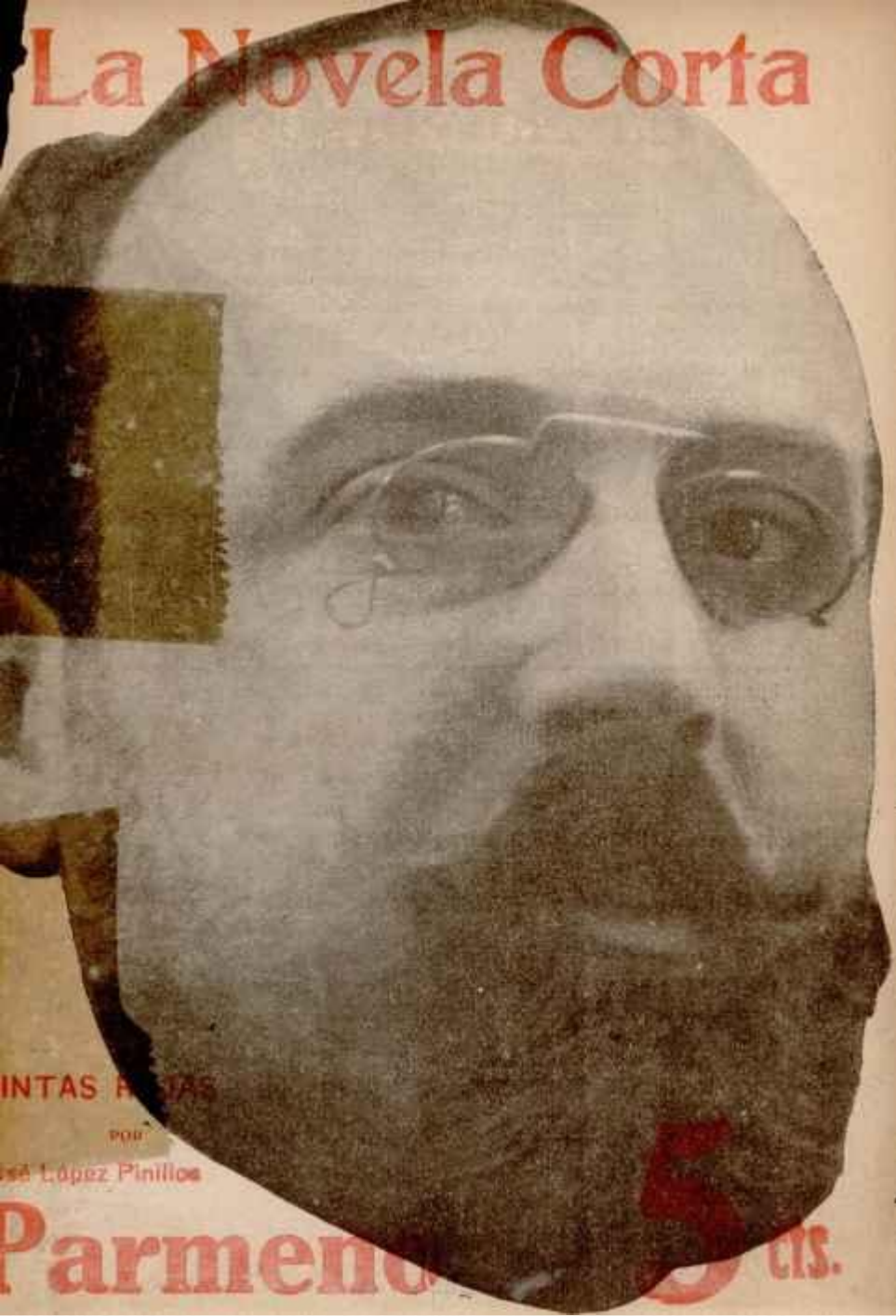




La Novela Corta

INTAS F. IAS

por

José López Pinillos

Parmeno

5 CTS.

La Novela Corta

REVISTA SEMANAL LITERARIA

Fundador y Director: José de Urquía

COLABORADORES ÚNICOS

LOS INSIGNES NOVELISTAS Y DRAMATURGOS

Galdós.-Benavente.-Pardo Bazán.-Octavio Picón.-Eugenio Sellés.-Guimerá.
 Valle Inclán.-Baroja.-Blasco Ibañez.-Alvarez Quintero.-Martínez Sierra.-Azo-
 rín.-Dicenta.-Linares Rivas.-Manuel Bueno.-Marquina.-Gómez Carriño.-Ri-
 cardo León.-Trigo.-Rusiñol.-Pompeyo Gener.-Unamuno.-Salvador Rueda.
 Federico Oliver.

LOS PERIODISTAS ILUSTRES

Bonafoux.-Zamacois.-Cristóbal de Castro.-Parmeno.-Zozaya.-Pérez Zúñiga.
 Colombine.-Francés.

POETAS Y PROSISTAS AMERICANOS

Santos Chocano.-Leopoldo Lugones.-Amado Nervo.-José Rodó.-Vargas Vila.

Y LOS JÓVENES MAESTROS

Prudencio Iglesias.-Pedro de Répide.-Villaespesa.-Alberto Insúa.-Emilio
 Carrere.-Hoyos Vinent.-Belda - García Sanchiz.-Pérez Ayala.-San José.

Administración: Calvo Asensio, 3-Apartado 438-Tel. 5224-Madrid

El próximo sábado, LA TORRE SIN PUERTAS, por

Pedro de Répide

En breve: LA ÚLTIMA FADA, por la Condesa de

Pardo Bazán

EL POBRE LUCAS, por el Director del Teatro Español

Federico Oliver

EL TINTERO DE TALAVERA, por el Marqués de Girona

Eugenio Sellés

CINTAS ROJAS

NOVELA INÉDITA

POR

José López Pinillos (Parmeno)

A Don Francisco Viguera.

I

En cuanto partió el mozo, Rafael Luarca, que espía-
hale con lo ojos entornados, se incorporó y tiróse de la yacija.
El sol hundía ya el rosicler de sus espadas matinales en la
choza, y teñía de púrpura el camastro, y metíase por el tú-
nel sombrío que daba a la cuadra. Fuera desafiábanse los
gallitos, roznaban al fresco las dos mulas bajo el patio de un
vetusto alcornoque, algareaban las golondrinas, meciéndose
en el viento, y las abejas salían de sus oscuros laboratorios
para comenzar su mirífica labor.

Rafael liaba cachazudamente un cigarro, cuando oyó la
voz de su tío.

—¡Eh, Arguasí! Güenos días. No pases sin saludá, que
no soy un lobo.

—Perdona, hombre, que no te vi. Güenos y santos.

—¿A Córdoba?

—A la feria, a mercá un muleto.

—Pos, suerte.

—Quéate con Dios. Ya te traeré a Sintas Rojas atasajao,
pa que duerma la tajá.

Riéndose Alguacil, y el tío, riéndose también, replicó:

—¡Lo que es hogaño!... Como el Sintas no descubra un
Perul hoy por la mañana, me paece que ni le verá el pelo.

Luarca, irritado, bramó como si le pudiesen oír:

—¡Lo descubrirá! ¡Un Perul y cincuenta rosos Perules!

Y, temblando de impaciencia y de ira, apartó el rústico
armatoste del lecho, que era de trozos de olivo sin descorte-
zar, abrió el arca que protegía y extrajo de su vientre las
prendas con que se engalanaba en las ocasiones de gran oc-
casión: el sombrero sevillano alicorto y brillante, el
pantalón de pana fina como el terciopelo, la chaqueta de la-
nilla azul, las botas de cuero azafrañado, las calcetines az-

— 4 —
Bibijes verdes, los calzoncillos de algodón blancuzco, tan recios que no los llevaría más recios el rey, y la camisola de pechera bordada, que sólo podían planchar en los talleres de las artistas cordobesas. Se vistió en un vuelo; guardóse, por coquetería, una saboneta de níquel que no andaba desde que, para probar la solidez de su mecanismo, se la estrelló en la nariz al relojero ambulante a quien se la compró; metióse en la faja el compañero de Albacete, y se plantó en la puerta. Su tío, el pilongo señor José, que almorzaba sentado junto a las mulas, llenóse de admiración.

— ¡Vaya un brazo e mar, jinojo!... exclamó clavando en él sus ojuelos.

Cintas Rojas pagó el elogio con un mohín despreciativo.

— ¿Un brazo e mar? — articuló —. ¡Una charca yena a fanas! ¿Ande tengo yo el dinero pa ser un brazo e mar?

— Las hechuras valen más que el dinero. Aquí está quien lo dise, Rafaelico.

— ¡Hechuras, hechuras!... ¡A vel si ha nasío la que me dió un chavo por las hechuras! ¡La iba a jartar de hechuras! El vejete contestó sonriendo:

— Pos abre los ojos y orfatea, que tú encontrarás.

Y de seguro habría encontrado alguna jamona que le protegiera, seducida por su estampa, si su verbo cerril y montuno y su carácter bronco y bravío no hubiesen ahuyentado al amor. Era huesudo y fibroso, de complexión hercúlea, propenso a la cólera, caridelantero y vociferador. Tenía la mirada insolente, la nariz agresiva, la boca enérgica y el entrecejo peludo y aborrascado, propio para subrayar las actitudes furibundas, y envaneciase de ganarle en vigor a los bueyes y en tozudez a los mulos.

— Güeno — dijo después de unos instantes de vacilación —. ¿No me quíe osté ayudal?

Meneó el viejo la cabeza melancólicamente, suspiró y rompió a hablar sin mirarle:

— ¡Lo que son los testarños, San Rafaé de mi arma!... ¡rípan como cañones de órgano... ¡y me píe que le ayude!

Se atizó un manotazo en el pecho, cual si se enfureciera, y agregó:

— ¿Otavía te he ayudao poco? ¿No te he tenío aquí to el invierno?

—¿Jorgando?—preguntó con amenazadora lentitud el haitial.

—¡Trabajando! Pero ¿necesitaba yo trabajaores pa labral este pañuelo?... No es que me duela el pan que te comes, ni que te eche en cara el que te lo comas. Si no que... ¡jinojo!, lo que es se tié con desil, con ojo de que las palabras no se le claven a uno en el gafiote.

—Está bien, tío.

Callaron, y el viejecillo, que torturábase acometido a la vez por los consejos de la miseria y por las instigaciones de la generosidad, rompió el silencio, formulando penosamente una interrogación:

—¿Te hasen dos reales?

—¿Dos reales? ¿Dos reales da una vez?

—Menos da una piedra, Rafaelico.

—Pero si es que me se figura mucha cantidad, tío. Con dos reales compro yo en Córdoba la mesquita y un coche con cuatro cabayos y un levitín, y me hasen gobernador y no gēnivo usté averme. No, no quió los dos reales.

—Pos me has dao una pedrá.

—Lo sé... y me largo pa no darle otra. ¡Saló!

Atravesó de un bote el soladillo, torció por el olivar, desfilando la estrada, y, minutos después, corría por las tierras de los Merinales, hacia el caserón del marqués, seguro de que habríase refugiado en la campiña para huir del alboroto de la feria. Había laborado en el cortijo, donde pagaban largamente y trataban con humanidad a los jornaleros, y como se había perdido sin reñir con los dependientes del prócer, esperaba que le admitieran otra vez. Y, caso de admitirle, ¿qué se opondría a que accediesen a un sencillo ruego? Le hacían falta diez duros. Esos diez duros se los descontarían poco a poco de su salario, y nadie sufriría el menor perjuicio. ¿Se los negaría el marqués, a pesar de sus millones?... ¡Beb! Del marqués, raro, taciturno y gruñón, no se podía decir que fuera avariento. No, no se los negaría.

Tuvo la suerte de que el dueño de los Merinales, que acababa de llegar a la finca, le recibiera, y con algunas titubeos, hijos de su afán de expresarse con finura, comenzó a exponer su pretensión:

—Ya sabe el señó marqués que he estado dos años en el

sortijo de los Saías... Güena gente, sin despresá al señó marqué, por más que D. Lui se las tira de plancheta, como si fué título.

—Al grano.

—Al grano. Como me tuvo que ñil en Noviembre, cuando ya tenían astuneros en toas partes, pos, siendo yo quien soy vareando, ni cogí la vara. Y figúrese osté: la santa inverná entera y plana, en la chosa a mi tío, donde no engordan ni las arañas, y sin un metá.

—Al grano, al grano, Cintas Rojas.

—Pero si estoy en er grano, señó marqué. He dicho lo que he dicho pa desil que por la pará de este invierno, que es cuando yo ahorro, me veo con el agua en la nué y pataleando pa no ajogarme. Y digo ahora que me ajoge si el señó marqué no me echa una mano.

—¿De qué manara?

—Emprestándome dies duros y metiéndome en la casa.

—Yo—afirmó gravemente—no soy usurero.

—Ni yo me lo he imaginao, señó marqué. Si osté me empresta, le emprestaré a uno de sus mosos y no pa reventario, sino pa haserle un favó.

—Es que tú no eres un mozo mío.

—No quedrá osté tomarme.

—No quiero tomarte.

La frialdad seca e hiriente de la repulsa alteró al gafián.

—¿Y puó sabel por qué no quiere tomarme, don Salvadol?

—Lo puedes saber. Por insolente y por guapo.

—Güeno, cristiano. No se sofure osté, no se vaya a tragá los dientes. ¿Son de muerto?

Don Salvador, sin inmutarse, tiró de un cajoncillo, sacó una pistola, y, encasionando a Rafael, que encogióse de hombros despectivamente, repuso con lentitud:

—De muerto sí que van a ser los tuyos, si no te largas.

—¡Cá!—barbotó el amenazado—. ¿A que no dispara osté? ¿Y a que si dispara no me atina?... ¿Van los dies duros?

El marqués bajó la browning, y Luarca se echó a reir.

—¿Ve osté cómo no dispara?... Tiros, a las perdices, que se asustan, señó marqué. «Córdiles»

Le volvió el traspontin, y retiróse con fanfarrona calma, escupiendo blasfemias y mirando de reojo a la servidumbre

Del señorón, y en el zaguán del caserío, para presumir de guapeza, se detuvo, y encendió un cigarro. El manijero, que llegaba en aquel instante, le interpelló con zumbona alegría:

—¿Qué te trae por estos andurriales, Fae?... Pero da una vuelta, pa que te miren mis ojos, que vienes más bien jateao que un capitán generá, mardeslo.

—Una vuelta y sien vueltas—exclamó Cintas, girando y pompeándose.

—Qué, ¿a la capitá?

—Como que no hay feria sin mí. Ya me ha yamao el al-yetero del gobernadol.

—Pa tí es er mundo, Sintiyas. Yo, con que mañana me dejen dil un rato, me conformo. En la plaza, mos veremos.

—Ayí mos veremos.

¡Claro que se verían! ¿Se había compuesto él para maravillar con su fausto a los gorriones y los zorzales?... Con aquellas botas, con aquel sombreroillo, con aquel terno y con todos los demás lujosos arrequives había ido seis años a Córdoba, desde que conoció a Guerrita y pasmóse ante la belleza sin par de las luebas del coso, y seguiría yendo para discutir encrestado y para golpear entigresido en defensa de su héroe, y para animarle con sus baladros y glorificarle con sus palmas. ¡Qué gran torero el torero cordobés, y qué magnífica, qué asombrosa fiesta la cornuda!... Hombres que entraban en el coso con el gesto desafiador, y que se insultaban o saludábanse gritando; toros que mugían al sentir la bárbara picadura del hierro, y que corneaban con una cólera infernal; caballos que bufan relinchando y mordiendo, pisándose las entrañas desgajadas; manchurroneos bermejos en la arena; cadáveres de brutos que se estremecían y, para completar el cuadro, olor de vientres partidos y de sangre, rostros exaltados por la temeridad o empalidecidos por el pavor, y palabras que restallaban como látigos y mordían como víboras, que hacían a los lidiadores buscar el triunfo en el riesgo. Cintas Rojas, que salió de la primera corrida medio loco de emoción y dispuesto a trucidar al que no se prosternase ante el Guerra, desde entonces sólo pensó en su ídolo y sólo se conmovió al referir y comentar sus portentosas hazañas. Con los ojos velados y la voz ronea, hablaba en las ganancias del pase de pecho, del brinco entre los pitones, del par quebrando

y del volante con que los había aturrido de admiración el coloso, y tenía para elogiarle apasionamientos y delicadezas femenitas. ¡Era tan gallardo, tan fornido, tan ágil, tan sereno y tan valeroso el matador!... A fin de ahorrar el dinero indispensable para verle abatir a los astados, se martirizaba el año entero, privándose de la borrachera de los domingos, de la gargantada de mostagán antes de comer y de las jocundas excursiones navideñas, y ni los picantes estímulos del Carnaval le hacían abrir la bolsa. No; él, mientras segaba, vendimiaba o vareaba, y mientras esgrimía la márcola, el arado o el escardillo, fortalecía recordando a «su lidiador y rechazaba así mil viles sugestiones. Pero ¡cómo se desquitaba después! Durante la feria, ¡con qué dulces bellaquerías rascaóbase el herrín de su forzosa virtud!... Disputas y rugidos, hasta quedarse afónico; vinazo batallador y agudo aroma de sangre, hasta tener los nervios como alambrillos electrizados, y hembras y alcohol, hasta caer deshecho. ¿Y por un «planchetilla» como Salas, que le había despedido cobardemente, y por un idiota como don Salvador, iba él a quedarse en el campo? ¿Quedarse él, habiendo criaturas con billetes y con duros?...

Se despidió del manijero, y alejóse sin dirección. ¿A quién recurriría? Cerca de los Merinales no escaseaba la gente con dinero: el señorito de La Garbosa, don Bonifacio el canónigo, tío Juan el acaparador... Pero tío Juan y el señorito estarían en la feria, y al canónigo, por el recelo de sus parientes, no había quien se pudiera acercar. No le quedaba, pues, más que su compadre, y su compadre, que era tan testarudo como él, se había cerrado a la banda. «El año, malísimo, le tenía con una soga al cuello; aun no contaba con los cien duros que le exigirían por San Juan..., y debía juntarlos y comer.» Avaricia y pocos deseos de servirle. ¿No costaba el mismo trabajo juntar quinientas pesetas que ciento diez duros? ¡Pues entonces!... Que se apretara un poquitín más la soga el avaro, que para eso era su compadre, o se expondría a que le obsequiaran con un disgustillo. Chuleos con él, no. Claridad, las cartas boca arriba.

Y con la decisión de ponerlas, dejó atrás los Merinales e ~~iba~~ **iba** rumbo hacia el Cortijuelo

II

Tío Rafael Narices, tío Pedro el Sordo y Sebastián el Cumplío interrumpieron el trabajo cuando les saludó. Narices, que las tenía gigantescas y que se ufanaba del irregular desarrollo de tan interesante facción, era un viejo musculoso, de aventajada estatura, alentado y alegre; tío Pedro, cuarentón corto de palabras y de grandísima procopopeya, realizaba el milagro de recobrar el oído siempre que le convenía oír, y distinguíase por la poca extensión de su correa y por la facilidad con que pasaba de los razonamientos a los trastazos; y el Cumplío, cenceño como una espada y bullicioso como unas castañuelas, destacábase por la exquisitez de su cortesía entre los garzones de molino y cortijo.

Fué el primero que habló:

—Pa servilte, compañero.

—Y yo a ti, Cumplío, y a la compañía.

La parte más joven de la compañía, el Sordo, se limitó a bajar el testuz, y la parte más vieja, tío Rafael, apretóle la mano y le regaló con una broma:

—Pos yo, como no te empreste la narí pa que te luscas en el ferial...

—Gracias, amigo. No sabría yeverla con los reaños de osté.

Sebastián aprobó:

—Anque la sabrías yeval, porque tú eres mu macho, no has parlao malamente.

—Dios te lo pague, Cumplío.

Ofreció tabaco; los labriegos confeccionaron unas trancas enormes, y encendiéronlas con voluptuoso regodeo, y el cuarentón, para pagar la fineza, obsequióle con un capcioso aguardiente.

—Empina, que es gloria de Rute.

—Sí que es gloria—afirmó, después de paladear el líquido, pasándole el botijuelo al Narices—. Bien se trunfa aquí.

—¿Trunfar y trabajamos en feria?—preguntó irónicamente tío Rafael—. ¡Que diga mi yerno si trunfamos!

—A verlo voy. ¿Está en el caserío?

—En el caserío está.

El caserío, albo como una peña de nieve y poceado con ro-

domada mullida en un alcor para dominar las tierras del Cortijuelo, no era muy grande; pero tenía una clara sala para el amo, su mujer y el pequeñín, con su buen arcón y su lecho, que sostenía cuatro colchones; otra para la abuela y la mocita; una covacha, en la que arrullábanse con sus conquidos el Narices y su nieto; una hermosa cocina con poyes, en los que los jornaleros dormían como lirones; amplias cuadras, sobrados espaciosos y extenso corral. Sus muros, de glebas apisonadas y pedruscos, no hubieran resistido victoriosamente el estallido del más liviano proyectil de cañón; pero atajaban el ímpetu brutal de los ventarrones y los fainados ataques de la cellicca, y los dueños del Cortijuelo podían repasar tranquilamente, mientras aullaban los lobos del viento y el granizo tamborileaba en las tejas. Y, por último, su lujo era el lujo simple de las paredes enjalbegadas, del metal brillador, del ganado limpio, del averío creco.

Cintas Rojas se detuvo un momento frente a la casita. El sol, atravesando la frondosidad de una higuera, tenía de un oro verdoso el soladillo. Un grajo alicortado esearbaba, buscando orugas junto a los pollucos, tan encogido y pusilánime como si jamás hubiese navegado entre las nubes con sus alas enteras, y como si nunca hubiera abierto su pico rojo para graznar en libertad. «¿Qué harían en el caserío?» Escuchó atentamente, y percibió el borbotar de un puchero, el «gluglu» de un cántaro al vaciarse y el repique sonoro de un almirez. Después oyó una roncaca tos, y en seguida unos grititos musicales, que le hicieron sonreír: «¡Ay, la vieja mala, que ya está tosiendo! ¡Ay, que le voy a da una soba!» Era Rosario, la mocita, que, desde el granero, donde estaría peinándose, gritaba a fin de que la abuela, refugiada en su habitación, oyese el gracioso regaño. La madre trabajaría en la cocina, y los hermanillos detrás de las tapias, en la era o en la linde del alcacer, jugarían con sus corderos. Mas ¿y «éle»? ¿Había sido él quien vació el cántaro? ¿Le encontraría allí, entre faldas? ¿No le podría hablar sin testigos?... Pero, después de todo, con que le diese el parnés...

Avanzó decidido, procurando que ablandara su rostro una expresión afable, y entró en la casita. La dueña hallábase sola, y esto le animó.

—Gente de pá, cená Antonia.

—Dios le guarde, Sintas.

—¿Y ese bicho malo?

—En er corrá lo tiene osté. ¿Le hace falta?

—Pa haserle a osté un favó.

—¿Cuá favó?

—Dejarla viuda.

Antonia, por atención, sonrióse para celebrar la chanza, y dijo, fingiendo una chusca medrosa:

—Enteramente, no me lo mate osté.

—¿Por qué no?

Pasó riéndose al corral, y se encaró con el cortijero, que, en el colgadizo, componía la rueda de un carro. El cortijero, Rafael Luque, era un hombretón agreste, boquirrasgado y cervigudo, que tenía los remos de púgil y el tronco de atleta. Le recibió cordialmente.

—Güenos días, pinturera

—Hola, compadre.

—¿Encontró osté?

—Hasta ahora, no.

—Entonseas, ¿cómo viene su mersé tan ascoritao?

—Porque pienso encontral.

—Enhoragüena.

—Otavía, no. La enhoragüena me la dará osté después de darme los duros.

El hombracho le miró fijamente con el rostro ensombrecido, y sin chistar reanudó su tarea.

—Qué—insistió Cintas Rojas—, ¿no piensa osté dármela, compadre?

—No pienso dársela y me duele. Y me duele también—añadió—que sea osté tan desconsiderao.

—¡ Hombre!—exclamó entre burlón y ofendido el pedregüeno.

—Lo soy—articuló con sequedad Luque—. Y como osté lo es iguarmente, me asombra que se porte osté lo mismo que un chiquiyo. Le dije que no había juntao ni lo que tengo que pagar, y esa es la fija. Yo no engaño nunca. Tiempo ha tenío osté pa enterarse.

—Y me le enterao. De lo que no me había enterao es de que su palabra fuera de rey. Cuando osté dice «no», ¿ha de ser engo, compadre?

—Cuando digo «no», como ahora, porque decir «sí» es imposible, ha de ser «no».

—¿Imposible? Con diez duros menos, ¿pedirá osté limosna?

—Con diez duros menos, me veré obligao a reunir diez duros más.

—Pos con reunirlos...

—¡Ya está! ¡Es mu fácil reunirlos! ¡Como ahora yueven duros!... Y güeno va. No me dijiste osté, compadre.

—¿Yo a osté, no, y osté a mí, sí? ¡Viva la República!

—No sea osté pesao, compadre.

—¡Pos venga er dinero!

—¿Has perdido la cabeza? Sintas, no se ponga osté así. Cualquiera pensaría que no me conoce osté y quiere acoquinarme.

Pero el gaitán, sin aplacarse, le replicó engallado, y con el ceño aún más torvo:

—Yo no le quiero acoquinal. A mí no me importa que osté se acoquine. ¡Lo que me importa es yevarme los duros!

Lo aseveró con una pajanza tan descomunal, desnudando tan cínicamente su pensamiento, que el cervigudo, ya en guardia, comenzó a encenderse en ira.

—Piense osté un minuto, y fíjese en mis farsiones—barbotó con un sarcasmo hijo de su bizarria—. Fíjese y repare que no son de hético, ni de niño, ni de collón.

—Sean de lo que sean, ¡quiero mis biyetes!

—¿Por riñones?

—Osté desidirá.

Luque, muy pálido, con la jeta contraída y con un ascua en cada ojo, levantó sus puños como batanes para caer sobre él, y la excitación del peligro hizo que de pronto se agrandase y adquiriese alas en el cerebro tenebroso de Cintas Rojas la negra larva de una vil idea: matar. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? ¿Por qué había saltado durante quince días de desprecio en desprecio y de humillación en humillación? ¿Acaso ¿eran sus amigos aquellos verrugos? Y si no lo eran, ¿qué contenía su furia?... ¡Matar, matar!... Sacó la faca, la desenvainó con una hábil sacudida para no perder tiempo, y arrojéase contra su rival que, sorprendido, retrocedió para coger algo y defenderse, bramando de cólera.

—¡Ay, cobardón! ¡Ay, maldita madre, traidorero!

Pudo empuñar una piedra y erguirse; mas sólo se ergió para ahorrarle camino a la cuchilla, que burióse en su garganta con la celeridad de un rayo, y que zigzagueó como un hurón en una madriguera, partiendo ternillas, vasos y carnes. El púgil, con la pesadez de una encina desarraigada, vació un punto, llevóse las manos al cuello, por el que surtía a barbotones la sangre, y se desplomó, mientras que el aire encerrado en sus pulmones se escapaba por la horrenda brecha, sin poder llegar a la boca para engendrar palabras de odio y agonía.

Cintas Rojas, un poco empavorecido por la rapidez con que había segado aquella vida, tembló al oír la voz de la casera: «Ya voy, Rafaé». ¿Rafael?... En la familia eran tres los Rafaeles: el padre, el esposo y uno de los hijos; mas para la señá Antonia no había otro Rafael que su compañero y al muchacho le decía Falico, y al Narices «pae». Dirigiase, pues, al degollado, como si le hubiese oído llamar. «Ya voy, Rafaé». Que viniera, aunque viese, porque después de haber visto no vería un segundo más. Acercóse a la puerta y escuchó. Las gallinas cacareaban, y en la carretera zumbaba el cencerro de un liviano con la fatiga tediosa del camino. Volvió a sonar el «glu-glu» del cántaro, volvió a toser la vieja y volvió a reñir la niña: «¡Por vínchile, por vínchile, que no hay una viejarrona peor mandá!... Y, por fin, se presentó la mujer, y el «guerrista», sonriendo cándidamente para que no desconfiase, la detuvo.

—¡Arto ahí, güena moza!

—¿No me ha yamao mi marío?

—¿Su marío?

Los ojos del montaraz, sin que su boca dejase de sufrir, recorrían como dos hienas hartas las ubres y el cuello de la cortijera, buscando indecisos el lugar donde sepultaría se el diente de acero.

—Su marío—declaró después de una pausa—ya no le pué yamal. ¿No le dije a osté que venía a dejarla viuda?

La señá Antonia le examinó con un principio de sobrasalto. ¿Qué ocultaba aquella sonrisa? Detrás de aquellas palabras de burlón, ¿qué podía haber? Y aquel silencio del co-
tral que no rompía su esposo, ¿qué significaba? Y en aquella

mano diestra que su interlocutor escondía, ¿qué hubiese sido?

—¿Hay mico, comadre?—exclamó el bastial.

Y aunque lo preguntó con un brillo siniestro en la mirada, la mujer, tranquilizándose de súbito, se echó a reír.

—¡Sería gracioso!—manifestó avergonzada de sus sospechas—. ¿No oyes tú, Rafaé?

—Tampoco puede oír.

—Pero ¿me lo ha matao esté der to, der to?

—Tan der to, que los enterraos no están más muertos.

Y la cortijera aproximóse al colgadizo y miró, y se le abrieron terriblemente los ojos, y una inspiración de pavorosa angustia le contrajo el pecho, y antes de que lo dilatara para enviar el frenético alarido a las fauces, la cuchilla bízola enmudecer.

—¡No, escandaleras, no!—mascujó, meneando el hierro, el verdugo—. Aquí no se da er soplo. Descanse osté.

Cayó para descansar eternamente, y quedóse encogida junto a los pies de su compañero, que, con su gigantesca humanidad, llenaba el colgadizo. El caño de sangre que salía de su garganta mezclábase con la que, tapizando el suelo de rojo, lo convertía en un hediondo almagra. Una contracción espasmódica sacudió el cuerpo, que enderezóse e hizo brotar un ronquido de la tráquea rota, y Cintas, fríamente, tornó a herir. Luego, con la calma de un diablo, como si estuviera en un matadero frente a dos ovejas degolladas, encendió un pitillo y entregóse a la meditación. Lo más importante lo había ejecutado, puesto que Luque, cuyo rostro parecía ya de mármol, sólo molestaría, antes de pudrirse, al cura y a los sepultureros. Y lo había ejecutado con tanta destreza—«madrugando» para evitar el combate, e hiriendo con la sabiduría de un matarife—que el río que circulaba por las venas del hombretón, al desbordarse impetuoso, no le pudo manchar. Un leve carpullido en las botas, que borraría un trapo húmedo, y un goterón en los pantalones; pero la pechera, la cazadora y el chaleco estaban como se los puso de limpios. No había, pues, que lamentarse de la suerte. Lo que aun debía realizar era duro, pero no difícil: ooger las llaves, matar a la vieja, que hallábase en las últimas, a la muchacha, que se moriría del susto, y a los chiquillos, que sucumbirían como verdugales, y salir pitando con los duros.

—Y na más—prefirió en voz alta—. Eyos se lo han Suecao. Por dies roños duros..., ¡que es lo que da grima!

Secó la cara en el vestido de la cortijera, se descalzó y metióse en el caserío, a tiempo que la vieja tornaba a toser.

—Pero mujé, ¿no has tomao una pastiva?—gritó la moza.

—¡Pa lo que me van a servir ya!—murmuró con una vocecilla temblequeante la anciana, segura de que no la oiría su nieta—. ¡Ay, Señor, Señor!

No la separaba más que un tabique del jacinero, que percibió su alentar asmático y los crujidos que le arrancaba al sillón al rebullirse.

—¡Ay, Señor, Señor!

¿Por qué se quejaría la mamá?... ¿Qué esperaba con sus noventa años? Siempre la había visto en su madriguera o en la cocina, junto al fuego, suspirando, alagando o sufríndose, sin comprender que era una boca inútil, un estorbo... Por malignidad la hubiese perdonado, para que viese cómo se vegetaba en los años y aprendiese a tener paciencia. Con indignación trepó lentamente por la escalerilla, apoyándose en la colaña y asentando poco a poco los pies, a fin de que no gimiese la madera, y penetró en el sobrado. Rosario, que, sin blusa y con un peceo fuera de la camisilla, estaba peinándose frente a un ventanuco, no le sintió, y el archidemonio quedóse a dos varas de la toza súbitamente cobibido. Un recuerdo le incendió la imaginación, deslumbrándolo con su claridad de relámpago: trabajaba él en la villa del canónigo; una noche, después de un festín, estalló una tempestad, y Rosario y otras muchachas que pernoctaron en el caserío, entretuviéronse, recogidas ya en su dormitorio, en rasar las pantorrillas, sin sospechar que los galeanos, que agujerearon previamente las tablas del granero, recreábanse con las bellezas que mostraban con tal candor. La del Cortijuelo, que era la doncella más fornida, entusiasmó a Luarna, y desde entonces hubo menos corcevos en la conducta del jayán, cuando visitaba a la familia de su compadre. ¡Aquellas pantorras tenían tan lechoso blancor y tan aterciopelada opulencia!... Las había visto en sueños; pensando en su lindura, habíase quedado embaldado muchas veces durante la vigilia, interrumpiendo su labor, y había acabado por acorciarse la idea de que algún día el único que pudiese contemplarlas co-

Ha él. ¡Y ahora, por un miserable avariento, tendría que destruir a la dueña del tesoro!... Pero, en vez de hacerle vacilar, la ira le infundió ánimos para proseguir su ultraintimista tarea.

—¡Rosario!—murmuró.

La moza se tapó el pecho, volvióse vivamente y, desasosegada y ruborosa, intentó huir.

—¡Sintas, por Dios!... ¿Pa qué ha subido osté?—balbuceó temblando.

—¡No chiyas!—ordenó, arrinconándola, el asesino—. ¡Caga y no te muevas!

—Pero si osté...

—¡Caya o mueres!

La moza rompió a llorar despavorida y, aunque muy llto y conteniendo los sollozos, continuó hablando:

—¡No está bien lo que va osté a hacer conmigo!... ¡Osté, que nunca me ha dicho ná, que no me quiere!... ¡Y perderla a una sin cariño es un pecado muy remalo, Sintas Rojas!

¿Perderla?... El desalmado se asombró; pero sin enterrecerse ante la dulce y resignada criatura, que, no escuchando otros avisos que los del pudor, temía por su virginidad más que por su vida, decidióse a poseerla y a degollarla después, inexorable.

—Ven—dijo, cogiéndola por la cintura y arrastrándola hacia un montón de trigo.

—¡Sintas, Dios no le perdonará!

—¡Anda, ven, tontona... ¡Pos si te quío yo má!... Anda...

—¡No, no, no!... ¡Si me quisiera osté, no haría esto! ¡Y pué venil mi madre!...

—¡Qué ha de venil!

—¡Váyase osté! ¡Sintas, por lo que más quiera!

No, no se iría, y ya que Rosario había confundido la hoz de la muerte con la flecha del paryulico ciego, no esgrimiría la faca hasta que no se hubiese apagado el fuego lujurioso que socarrábale. Ella lo encendió con sus palabras, pues to que él, hombre decente, sólo subió para matar.

—¡Echate ahí!

—¡Sintas!...

Ella derribó, tumbóse junto a ella en el trigo, y, después de haberla sofaldado, comenzaba a acariciarla, cuando hízole



palidez un aullido superdiabólico de una violencia espantable, un aullido en el que vibraban el odio, el miedo, el dolor y la ferocidad, y que hubiese hecho temblar al sano, goceir al doliente y llorar al moribundo. Se acercaba con idéntica prontitud que si hubiese cabalgado sobre el lomo invisible y terrorífico de un ciclón, y Cintas Rojas, seguro de que le anunciaba un riesgo, y convencido de que tendría que luchar para vivir, sogó con firme pulso, de un solo corte, el cuello que había besado, empuñó una pala y se puso en acecho.

—Es Coroné—murmuró sombríamente—. Coroné, que los ha debió de venteal.

Y Coronel—un mastín con quijadas de tigre—atrasó ululante la casita, llegó al corral, metióse en el colgadizo, y al ver los cadáveres de sus dueños, retrocedió arqueándose, con la testa gacha y los pelos erizados, y empezó a gahir, oprimido por el terror. La viejecita llamó empavorecida, y el monstruo, encorajado, precipitóse por la escalera con la pujanza fatal de una exhalación. Había que apagar voces y gahidos; había que restablecer el silencio, apañalando, taturando o pulverizando, porque alarmar a la gente equivalía a sucumbir. Desembocó por la puertecilla, ansioso de acometer, y no tuvo más que los instantes precisos para levantar la pala y descargar el golpe sobre el perro, que, azuzado por el instinto, le atacó loco de furia; pero el animal abatióse con la nuca rota, y al extinguirse su horrendo ululato, la calma quedó restablecida.

La enferma continuaba llamando: mas con tan débil voz...

—Rocarito... Antonia... Hijas...

A una vara del solejar no la hubiesen oído, y el verdugo no se intranquilizó. Que llamara, puesto que nadie podía acudir: pero alguien acudió: alguien que, a juzgar por el leve ruido de sus pasos y por el sosiego con que silbaba, debía de ser muy poquita cosa y debía de estar por completo desprevenido. Mas, si sospechaba, ¿le faltaría vigor para correr desalado y para gritar anhelante? Y ¿cómo escaparía él, si la campiña entera, bajo la presión del espanto, corraba el Cortijuelo?... A fin de perseguir en buenas condiciones al de los silbidos, si huía, se calzó, y «empalinóse» la face para salir a su encuentro: mas el recién llegado habló, y su vocetilla le contuvo. Era el hijo mayor de los cortijeros, un zagal de

— ¡Eres tonto, inocente como un palomo, al que no había que temer.

— ¡Agüela, agüela!—chilló alborozadamente—. ¡Ya pareció mi trabuco! ¡Estaba en er vayo!

— ¿Y tu madre?—preguntó la anciana

— ¡Qué sé yo!

— ¿No está ahí contigo?

— Aquí, no, señora.

— ¿Ni tu hermana?

— Ni mi hermana.

— ¿Y no ha salido tu padre del corral?

— Que yo sepa...

— ¿Ni Sintaa Rojas?

— Yo no lo he visto.

— Entonses—articuló penosamente la mujer, después de unos segundos de silencio—¿quién ha entao?

— No sé.

— ¡Señol, Señol!—exclamó la vieja con angustia.

— ¿Te has puesto mala?

— Mala estoy, hijo mío. Dime: y ahora, ¿por qué no auya el perro?

— Menos lo sé.

— ¿Qué haces?

— Ná. Si hubiera estopa... Me gustaría encontrarla pa cargar mi trabuco.

— Yama fuerte a tu padre.

El niño gritó:

— ¡Pae, pae, papá!...

— ¿No contesta?—interrogó la anciana

— No contesta.

— Yama a tu madre y más de recio otavía.

— ¡Mae, mamá!... ¡Maeee!...

— Parece que no te oye—susurró la abuela.

— No me oye—afirmó el chico, pasmado.

— Pos yama a tu hermana.

— ¡Sarito!... ¡Rosaritóoo!... Pero no yores tú.

— Si no yoro... Si es por la tos pícara... Yama otra vez.

— ¡Rosaritóoo!

— No, no te responderé. He testío yo milenta veces pa
me meo ríñan...

—¿A que se han largao tos a la huerta del Sordo?... ; Voy a asomarme a la tapia!

—; No, no, Falico! ; No entres en er corrá! ; No entres, gloria mía!

Pero cuando llegó la gimiente prohibición a los oídos de la criatura, ya había llegado una garra a su boca, y ya el gélido acero calentábase en la sangre que alimentaba su corazón. ; Cómo escuchó la anciana, con qué arrojo se quiso levantar, y con qué helados sudores de agonía pretendió mover sus inútiles piernas!... ; Cómo examinaron las paredes sus ojos, cual si fueran pajarillos con ansias de escapar, y con qué increíble energía la sacudió el deseo de que la Hedionda no la arrancase de su sillón!... ; Oyó el ronquido acérrimo y horrible que brota de una tráquea abierta al salir el aire que quiere y no puede ser maldición, alarido o sollozo? ; Notó que el influjo de una fuerza sobrenatural hacía lividecer la luz y enturbiaba y enfriaba la atmósfera?... ; Percibió algún roce viscoso o algún olor pestilencial?... Tal vez no; mas, al aparecer el desalmado, bien claramente leyó en su sonrisa fela y en su fatídica mirada, que se había presentado la Muerte, y sólo apeló a la divina misericordia.

—; Dios mío!—gimió con un pavor infinito—. ; Señor Dios mío, arrecoge mi alma!... ; En el nombre del Padre, en el santo nombre del Padre!...

Y la cuchilla dió fin a la obra del terror.

Cintas Rojas apartó de un puntapié el cadáver, más liviano que un costel de plumas, y conformóse con formular una pia reflexión: «Ahora está un poquiyto más muerta que estaba.» Un poquillo más muerta, y él mucho más sereno, jubiloso y confiado. Tan absoluta era su confianza, que salió incautamente del trascuarto, y no vió que un corpuzuelo alebrábase bajo los cobertores de su camita con hórrida febrilidad, no sintió el rumorcillo de unos dientes rechinantes, ni le puso en guardia el sordo tamborileo de un corazón chiquitín, espoleado por el espanto. Todo iba bien. En el caserío no alentaban más pulmones que los suyos, y nadie le podía denunciar. Y los que aún respiraban entre los olivos ; tardarían tan poco en caer!... Le habían visto, le habían hablado, le acusarían de seguro, y hasta el llegaban a sorprenderle, arrojaríanse contra él, como fieras, para destrozarlo. ; No, no!

¡Pala y acero! ¡Cráneos hundidos y gargantas abiertas de par en par! Ni perdonaría como un tonto, ni se afligiría como un cobarde, ni procedería como un bruto. Tenían que sucumbir uno a uno sin estrépito y sin defensa, aterrados y sorprendidos, igual que los demás.

Asomóse a la puerta y voceó:

—¡Elh, tío Rafaelico!

—¿Qué hay?

—Que le quíe hablar su hija.

—Corriendito voy.

Oteó, avizorando, desde la ventana de la cocina, y vió al Narices subir ágilmente por el recuesto, y se fijó en que tarareaba una copia.

—Uno que mardito si se figura que va a morir—maseujó—. Abí viene a toa máquina y cantando, como si fuera a una boa y no a un entierro, después de haber escuchao a Coroné. ¡Que tengan las criaturas menos estinto que los perros!

Y, efectivamente, el vejancón, rejuvenecido por la tibieza, la luz y el perfume de Mayo, ascendía con jocunda rapidez, lleno de sol, sin sospechar que de su boca desdentada no volverían a salir más canciones, ni que sus ojos no tornarían a hundirse en el azul resplandeciente de los cielos, porque cada uno de sus pasos era un golpe que daba a fin de abrir su fosa. En el solejar paróse y acarició al grajo, que le conocía.

—Hola, compañero, patas de bailarín. ¿Hay gasusa?

El de las patas de bailarín percutió con su pico encarnado los pantalones del labriego, y graznó jubilosamente:

—¡Guá, guá, guá, guá!...

—Ya sé que te yamas Juan, hijo.

Cintas, escondido, oprimía la pala de tal modo impaciente, que se tuvo que contener para no plantarse fuera del casucho y agredirle.

—¡Guá, guá, guá!...

—Anda, ven, bonito. Buscaremos unos pitracos.

Primero entró «Juan», con las alas abiertas, balanceándose cómicamente, y después el Narices, que se reía a carcajadas y que se inclinó para atraparle. Y así, como si buscara un tajo para ofrecer el cuello, recibió el golpe atronante, y morrió la tierra desnucado.

«Juan», con manchurriones bermejos en su casaca de luto,

escapóse grajeando, y Cintas Rojas, por un refinamiento de previsión, llevóse a rastras al caído, lo degolló en el corral y tapó con una alca la sangre que emporcaba el suelo de la cocina. E inmediatamente atrajo a otro condenado.

—¡ Eh, tú, Cumplío!—bramó estentóreamente—. ¡Cumplíooo!... ¡ Jay!...

—A la ciden—exclamó el interpeinado.

—Dile al Sordo que venga. Y jíncale argo pa que se dé prisa.

El Cumplío replicó riéndose?

—Jíncaselo tú, que yo no vargo pa jíncale.

¡ Claro que se lo hincaría! Y con gusto, porque el tío Pedro, tan hombratón como su compadre, presumía de serio y de riñonudo, y a él le estomagaban los riñonudos y los serios. Para formalidad y valentía, el hijo de su madre. Y si no que contestaran con sus brechas los seis que ya se hubiesen guardado muy bien de hablar.

Atalayó nuevamente, junto a la ventana, y contempló al Sordo que, vencido el repecho, acercábase con majestad.

—¡ A él!—murmuró preparándose.

Pero el cuarentón, a quien sin duda había sorprendido el silencio, se plantó frente al caserío, como un mulo receloso, y anunció a voces su presencia:

—¡ Aquí está un hombre!

El forajido se indignó. Aquel blanco. ¿por qué no entra? ¿Qué se había olido? ¿Qué cosa hacíale temer?

Tras de repetir su humilde o altivo «¡ Aquí está un hombre!», el Sordo continuó gritando:

—¡ Rafaé!... ¡ Tío Falico!... ¡ Señá Antonia!... ¡ Jay!...

No se atrevió el verdugo a chistar, y el jornalero, con la inquietud pintada en el rostro, después de fijarse atentamente en la casita, exteriorizó sus sospechas formulando en voz alta una desagradable suposición:

—O se han dío, o se han quedao sordos, o toitos se han muerto de repente.

Pero como su ánimo era firme, en vez de retroceder, extraujo bríos de la inquietud y de la sorpresa para avanzar, y arrancó una vardasca y dirigióse con lentitud hacia el casucho.

—Amos a vel—exclamó.

—¡ Ni a vel ni a oír!—dijo Cintas, derribándole de un zu-

rido pasmoso—. ¡A morir, corrastrón!... ¡A morir a mis plantas!

Le degolló sin necesidad, como al tío Narices, al lado del colgadizo; le tiró sobre el mastín, y con una impavidez orgullosa examinó el tremendo cuadro. Había seis difuntos, contando a Coronel, que tenía más caletre, más vigor y más redados que muchas personas, y entre aquellos difuntos, cuya sangre formaba ríos y lagunas en el corral, había dos—Luque y tío Pedro—que en vida hubiesen derrotado a dentelladas a un lobo. Y, no obstante, allí estaban. Vencidos por su astucia; pero igualmente los hubiera vencido su valor. «Esto—pensó con un sórdido engreimiento—no lo ha hecho nadie con humanos. Y con toros, ni el Guerra, que, para estoquear siete, tuvo que lidiar tres corridas un domingo.» Y, en cambio, él, en menos de una hora, con una rústica pala y un cacho de acero, mas con mucha habilidad y mucha decisión, había despavilado a dos temerones, a un sescutón que tenía tantos hígados como narices, a un can de horripa fiera, a una estantigua mortecina, a un chicuelo y a dos mujeres... Ocho que fenecieron a sus manos en aquella dura función sin que le auxiliase un chulillo ni le animase una palmada. Pero era igual. Ya aplaudirían al matador cuando su hazaña se descubriese, los mismos que hubieran tocado a rebato para perseguirle, con la intención de verle patcar en una horca. Le aplaudirían con su curiosidad, con su rabia, con sus estremecimientos nerviosos, con su lividez, con su pavor.

Sonriéndose, halagado por estos pensamientos, llamó a Sebastián; mas no se escondió para asesinarle por la espalda, sino que, deseoso de estudiar el efecto que produciría su obra en el espectador desprevenido, decidió mostrársela, preparándole así, de paso, a fin de que feneciera cristianamente.

—Cumplió—dijole en cuanto penetró en la cocina—, ¿tienes pesera de nervios?

—Regulá tar cuá. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque vas a mamarte una sorpresa.

—¿Y quién va a dármela?

—Tos.

—¿De qué modo?

—Hombre, si te lo digo, adiós sorpresa. Ven al corral—añadió riéndose.

—Vamos.

—Ten cuidado, que hay sangre en las losas—advirtió amablemente, al fijarse en las manchas Sebastián—. Ha rabiao el pobre Coroné y han tenio que matarlo.

—¿Y ahora me lo dices?—chilló el jornalero con súbita emoción—. ¿A que Coroné le ha mordido a argüen? ¡Esa era la sorpresa!

Entró a escape en el Corral, y Cintas Rojas oyó un grito breve y desentonado, que se apagó en un «ay» roto.

—¿Y tú estabas regulá tar cuá de neivios?—barbotó—. ¡Cumplío, eres una liebre!

Pero el Cumplío no era una liebre, porque una liebre si quiera habría podido correr; era una estatua: la de la congoja, el asombro y el terror. Con la cara de yeso, con las manos yertas, con el corazón helado, apartó sus miradas de los badáveres, como si le atrajesen los terribles ojos de Cintas, y quedó fascinado ante el compañero que convertíase de pronto en el más cruel vestigio.

—¡Eres una liebre, una rola liebre!—repitió el protorro, lisonjeado por el glacial pavor que le inspiraba al infeliz—. ¡Vergüenza te debía dal!

Asintió a cabezadas el labrador, que, maleficiado por las pupilas del monstruo, sentíase incapaz de huir, y sollozando, cayó de rodillas.

—¡No me mates!—gimió con la voz ahogada y el rostro mojado por el llanto—. Yo siempre fui tu amigo.

—No quío yo amigos tan fulastres.

—Pero ¿me vas a matar así?

—Así, y lo siento, porque la cosa es asquerosiya. Paeza una beata, Cumplío.

—¡Perdóname, Rafalé!

El miserable se enfureció.

—¿Te has güerto loco?... ¡Anda y sáca er buchiyó y deñándete, manté! ¡No seas peol que una triste formiga! ¡Deñándete, o te breo a quantás!

—¡Pégame, pero no me mates! ¡Acuéldate de mi vieja, Rafalé! Con tantísimo como te ha besao cuando eras chiquitajo, ¿la vas a dejar sin pan?

—¡La dejas tú, que no te defendes, cobarde!

—¡No pueo, no pueo!...

— ¡Has un podé, mantésón!

— ¡No, no pueo!

— ¡Pues entonses, si: quiés moril como un sacristán, resa. Y se acabaron las pampallas. He matao aquí a lo bieho vi-
viente: a la viejarranca, ar niño, a Coroné... Ahora te toca a ti. No vas a quearte pa simiente de tálenda.

— ¡Perdón, Rafaé!

— Pa que estés corriendo jasta que te topes con un sív?...
¡No, que te pués cansal mucho! Y alarga la gaita.

— ¡Rafaé!

— Ayúdame, que pa argo eres fino, criatura.

— Pero ¿de veras quiés matalme?

— Mira si es de veras.

— ¡Señol mío Jesucristo! — balbuceó Sebastián horroriza-
do, al ver el lívido resplandor de la cuchilla—. ¡Virgen de la
Sierra, ampara-me!

— ¡Aquí no! ¡En er cielo, Cumpló! ¡Y no llores y alarga
la gaita de una ves!

Con la mano zurda le forzó a mostrar el cuello, empuján-
dole en la frente, y mientras el desventurado, de rodillas, con
una congoja sobrehumana y un miedo letal encomendábase a
Dios, de una fiera puñalada y un limpio tajo le puso en con-
diciones de llegar a la consoladora y terrible fuente de la mi-
sericordia y el castigo.

Rematada victoriosamente su tarea, Cintas vió en el re-
loj de su compadre que aun no eran las diez, y quedóse ma-
ravillado. Había procedido con una celeridad portentosa, y le
sobraba tiempo para todo, ya que, sin apresurarse, a paso de
andarín, ponfase en la capital, desde el Cortijuelo, en poco más
de hora y media. Podía, pues, operar con calma, y, con la
lentitud del jornalero rendido que coge su salario, abrió el ar-
cón de Luque, dió con los duros—treinta menos del centenar,
efectivamente—guardóselos y tumbóse para descansar en el
poyo de la cocina. ¡Se estaba allí tan bien, al sol, que, des-
pués de unos días de lluvia, calentaba sin socarrar!... ¡Y dis-
frutábase entre aquellos muros de una paz tan gustosa!...
El puchero, al hervir, cantaba, pidiendo que lo espumasen;
las gallinas se atracaban de ciertos oscuros cuajarones, tame-
rosas de que las persiguiera el escobón; la perdiz brincaba en
su jaula, ansiosa de que la sacasen al solejar... Parecía que

una mujer iba a espumar el puchero, que una moza iba a oxear las gallinas y que un hombre iba a colgar en el enparado la perdiz... Pero entre aquellos muros, en aquel ámbito luminoso y apacible no alentaban ya mujeres, ni mozas, ni hombres, ni viejos, ni muchachos, puesto que la familia entera—su pasado, su presente, su porvenir—había sido exterminada. ¿Entera?... Y de súbito el tigre se acordó de su ahijado, y se incorporó con viva inquietud. ¿Qué sería del Antoñuelo? ¿Cómo no había visto al pequeñín, que jamás se apartaba de su madre? Mas en el acto le tranquilizó su memoria: Al nene, enfermito, querían trasladarle a la ciudad para que le examinaran los médicos, y seguramente estaría ya junto a la hermana de la Antonia, tragando jarepes. Lo celebró, porque, no por maldad—puesto que si le hubiesen favorecido con los diez duros habría continuado siendo una mosca—, sino por egoísmo, habría asesinado al chiquituelo, como a los otros, para impedir que le dehistase. Y el chiquituelo ¡era tan riñonudo!... Comprendió que pensando en la criatura acabaría por enternecerse, y para que su debilidad, que le desarmaba, no le hiciese incurrir en tal flaqueza, quiso fortalecer con algún reparo su estómago. La carne del puchero, sancochada y pitracosa, burlábase del más perruno apetito; pero los morcones invitaban a hincarles el diente, y Cintas cortó uno y, suspendiendo toda labor mental, púsose a comer. Y ¿qué ocurrió de pronto? ¿Qué ruidillo fué aquel que pretendió competir con el de sus mandíbulas?

«¡Toc, toc, toc!»

Con la boca abierta, escuchó sin percibir nada; mas, en cuanto la cerró para masticar, le sorprendió nuevamente el ruidillo:

«¡Toc, toc, toc!»

«¿Goteras sin llovel?—dijo para sus adentros.

Y si eran goteras; goterillas humildes, globitos de líquida escarlata que habían estado presos en unas venas para mover un corazón, y que, al recibir la libertad, habían atravesado un montón de trigo y unas tablas que agujereó la carcoma, y caían sonoramente y en un tapiz de sol bordaban un lago de carmín.

«¡Toc, toc, toc!»

¡Cosa más ridícula!... Esta vez descubrió el valiente la

causa del ruido, y el descubrimiento, si bien no le azoró, tampoco sirvióle para acendrar su bizarria. El triste goteo nada tenía de insólito, ni de sorprendente, ni de amenazador, y, sin embargo, turbóse el asesino.

«¡Toc, toc, toc!»

Siendo tan pequeños los globitos, ¿por qué caían con igual velocidad que si fueran de plomo y por qué sonaban tanto al estrellarse?... ¿Y por qué razón enrojecían de tal manera la luz? ¿Y por qué prodigio resplandecían en el suelo como ascuas?... Temió que aquella sangre, que hubiera teñido de rojo los sueños del más pético criminal, ruborizara la casita, y los árboles, y las nubes, y para que no le vendiera el milagro rubor, salió prestamente del caserío y alejóse.

III

Tío Alguacil protestó riéndose a carcajadas.

—¡No, hijo, Sintiyas; que van a tener que llevarme al cajao! Y entonses ¿quién te yeva a tí?

—Gueno. Por nos tragaremos la penúltima.

—; Si nos hemos tragao ya veinte! ; Si hasta la verruga de la nariz la tengo ya berrachuela!

—; Y qué importa!

—; Tan sobrao andas? Peg si desta fu tío que como no descubrieras un Perul no te podrias mover der campo...

—; Y qué más Perul que mis ahorros? ; Treinta chulés como treinta soles, que estaban enterráitos sin que la misma tierra que los tapaba lo supiese! ; Treinta chulés que, cuando los haiga machacao, me van a produxir treinta dolores de barriga!... Pero ¿quién no ve ar Guerra?

—; Lo que tira la afición!—dijo benévolutamente el tío Alguacil.

Cintas Rojas palmoteó y pásóse a berrear:

—¡Niníooo!... ¿Estás durmiendo, rofo sangón?...

Hallábanse en el patio de una taberna, junto a un velador lleno de vasos, entre campesinos y chalanes.

—; Has llegao base poco?—preguntó el viejo.

—; Quite osté! A las doce. Ya he pasao por la calle der matadol, pa ve su casa, y por la de Gondomá, pa asomarme a Chá, y he dado por el Gran Capitán más gheras que un

mulo de noria. En estos días, la cuestión es no privarse de ningún gusto.

El «niño», un merdellón como un granadero, presentóse y se disculpó con amabilidad.

—Disimulen ostés. Pero es que ni con seis cuelpos cumpliría uno en estas horitas. ¿Qué van a tomar?

—Lo mismo—respondió Cintas Rojas.

—¿Pa los tre?

—¿No he dicho que lo mismo?... Y por el aire, que me voy a los toros, arma mía.

—Por el aire.

Como la gente se apresuraba a partir, el zangón, menos atareado, sirviólas con relativa rapidez.

—La convidá, cabayeros... Uno pa el señó—dijo poniendo un «chato» de montilla frente al tío Alguacil—; otro pa osté, y otro pa el amigo, que va a andal... ¡ay, cómo va a andal!

«El amigo», que era el reloj descompuesto de Cintas, brillaba en el fondo de una ancha copa, llena hasta los bordes de vino, como un quimérico crustáceo.

—Qué—propuso el anfitrión—, ¿le ayuamos al cangre-jete?

—Tú—repuso el invitado, haciendo un molín de repug-nancia.

—Pos hasta verte, Cristo mío.

Apuró la copa de tres o cuatro gargantadas, sin tomar aliento; fingió que por desquido tragábase la saboneta, y para redondear el chiste, se la escupió al rostro al camarero, y, agradecido a las frases de loa, se retiró después de adquirir una hogaza, unas botellas y unos fiambres.

Frente a la plaza se despidió el tío Alguacil.

—Diviértete, Sintas.

—Si hay papeletas, le convido a osté.

—Pero ¿no sabes que me asusto de los cuernos?

—¡Por vía del hombre de estopa!...

En el tendido apiñábase de tal modo «la afición», que no ya en las filas altas, sino en las bajas, donde tomar asiento equivalía a prescindir del espectáculo, era difícil colocarse; pero la dificultad no preocupó lo más mínimo al jornalero, que encajó el nalgatorio en el primer sillón de barrera que encontró desocupado, tan tranquilo como si fuese suya.

—¡Buenas tardes... a los guerristas—exclamó envolviendo en un saludo de hombre urbano una profesión de fe de hombre intransigente.

Sus vecinos, caballeros de gran vitola, le miraron sin replicar, y ya apretaba el ceño para repetir el saludo con más energía, cuando un hidalgo muy gordo, que mostrábase un papelito, le interpelló:

—¿Tiene la bondá?

—¿La bondá de qué?

—De dejarme mi sitio.

—No, señor. No tengo la bondá.

El gordo le miró estupefacto.

—Pero, amigo...

—No hay amigo que varga. He yegao antes que osté, y no hay quien me levante.

—Eso lo veremos. ¡Acomodador! ¡Eh, aquí!

Acercóse el acomodador. —¿Qué se ofrese?

—Que me coloque usted. Ahí va la papeleta.

—Póngale usted un marco—mascujó Cintas, riéndose.

El acomodador, pálido, dióle unas vueltas al billete, y exclamó con simpática ingenuidad:

—Señores, yo soy er nuevo, ¿están ostés?... Es mi primel día de acomodadol, y no sé ná de estós líos. Ostés dispensen. Naide nase sabiendo.

—¡Pero si aquí no hay líos!—afirmó el labrador—. ¡Aquí lo que hay es que yo no me nuevo! Desaminen ostés la plasa. ¿Voy a matal a una criatura por un asiento de tendío?... ¡Pa eso la mato por uno de barrera!

—¿Qué ha dicho de matar?—preguntó, encolerizándose, el pingüedinoso—. ¿Quién me va a matar a mí?

—El primerito que le saque del perneo. ¡Y no gruña osté, don Tiriya, que lo voy a poner flaco de un dijusto!

—¿A mí, so tío bestia?

Sin arredrarse, abalanzóse al gañán, que alzó la diestra para recibirle con una puñada; pero le contuvo el nuevo, y los otros espectadores, por egoísmo, cortaron la cuestión:

—¡Pero, caballeros!

—¡Por Dios!

—¡Parece mentira!

—¿No me ha amenazado?—gritaba el gordo.

—¿Y no ha querido echarme?—argüía el jayán.

Pero sonaron los clarines, y como en el señor adiposo no podía ser mayor la fugacidad de la cólera, ni en Cintas más grande el deseo de aplaudir a su espada, aplacáronse y, con arreglo al laudo de sus vecinos, se arrellanó en el asiento el que lo había pagado y sentóse en el espaldar su primer ocupante.

Al salir las cuadrillas, el jornalero, deslumbrado, tembloroso, como enloquecido, empezó a gritar:

—¡ Ole!... ¡ Vivan los reñíos de Córdoba!... ¡ Viva la tierra del toreo!...

Cuando los lidiadores soltaron los capotillos, se encarbó con el Guerra, llenando la plaza con su vocejón estentóreo:

—¡ Duro con ese del esparto, Rafaél! ¡ Ponlo como una breva maúra, pa que lo saque yo en un espoltón!

Hubo algunas exclamaciones imprecatorias; mas las ahogaron las palmadas y las risas, y el modrego triunfó. Y desde entonces, con la resistencia de una máquina y con un encono salvaje o un júbilo irracional, charló y discutió con los de su bando y los del bando enemigo, interrumpiendo de vez en vez la cháchara para dirigirse a los lidiadores y elogiar, ofender o rugir. Al aproximarse Guerrita a su primer toro, como el Espartero había matado al suyo con tanto valor que el forajido no le pudo insultar—omisón que tenía de desasosegado—para vengarse, obsequió al de Sevilla con un consejo en el que no brillaba precisamente la benevolencia:

—¡ Apriende ahora, Esparteriyó, que no sabes ni andar! ¡ Apriende ahí, pato!

Y, para ignominia y afrenta del consejero, no sólo recibió «el pato» una lección de andar, sino varias lecciones de huír, porque el Guerrita, asustado por la artera condición del cornudo, lo toreó a brincos, con la agilidad de un titiritero, y a traición, como hubiese derribado a una pantera un prudente padre de familia, lo asesinó, hundiéndole en el cuello la espada.

El público, menos varias docenas de esparteristas atrebellarios, que silbaron al matador y aplaudieron al toro, encomió al héroe cordobés por su destreza y su sabiduría. ¡ Con qué habilidad atizó el golletazo y qué pronto vió que su enemigo era un sinvergüenza con el que nadie se podía lucir!

—¡Quinqué, señores!—vocaba Cintas Rojas, basándose con el índice el párpado inferior de su ojo derecho—. ¡Quinqué rolo, porque el toro sabía más que dos escribanos!

—¡Eh, si le toca al del esparto?—gruñó el obeso con regocijada picardía.

—¡Pos lo despeasa! ¡Qué barbaridá de güey!

En cambio, la tercera res, más taimadamente cautelosa, más corpulenta, más fuerte y más cobarde, no le pareció muy difícil de vencer al campesino, y cuando el lidiador sevillano, después de dominarla con su muletilla como un pañuelo y con su leonino corazón, la abatió tumbándose en el testuz y metiendo la espada y el puño en las agujas, limitóse a murmurar despreciativamente, mientras manifestaba «la afición» su tumultuoso entusiasmo:

—¡Casolidades!... Un hombre que va al suñidio y que no se muere porque todavía no le ha yegao la hora de morir.

Y añadió con benignidad al retirarse al estribo el vencedor:

—¡Bien, palo, bien!... ¡De riñón de mono güélfano! Manda un parte pa que le pongan corcadras a la Girarda.

Expresábase con tranquilidad, disimulando muy risueñamente su despecho; pero su amor propio herido manaba sangre. ¿Derrotaría a su campeón, todo arte, reciedumbre, valor y dominio, aquel torpe hombrezuelo de piernas de lana, que no había aprendido más que un quite y tres pases y que siempre se jugaba la vida al matar? ¿Y celebraría tal desdicha la indecorosa y descastada multitud?... Miró al callejón para no ver al torero, que seguía saludando, ni al público, que continuaba jaleándole, y una palabra suelta que llegó a sus oídos inició escuchar con viva atención. La palabra, «crimosa», la había pronunciado un guindilla que, con mucho respeto, dirigiase al señor gordo, y éste, interesado, le interrogó:

—¿Pero ¿es tan espantosísimo, Serafín?

—Figúrese osté: ocho muertos.

—¿Y los asesinos?

—Todavía no hay detayce. La cosa ha pasado en una finca que se yama el Cortijuelo. Se sospecha de una partida de gitanos.

—¡Jesús, Jesús!

—Dicen que hay muellos en toás partes: en la cámara, en la arcoba, en er corrá... ¡Una carnisería!

—¡Jesús! ¡Malditos gitanos!

A Cintas Rojas se le metió en el cuerpo la alegría de todo el sol que alumbraba la plaza. ¡Gitanos, sí, gitanos! Ya tenían ocupación jueces, carceleros y verdugos.

Se alejó el guindilla, y el adiposo don José, estremeciéndose, murmuró:

—¡Ocho!... ¡Será horrible, horrible!

¡Sintió unas tentaciones de desmentir al barrigudo!... ¿Por qué horrible? ¿No había que morir alguna vez? ¿Qué era lo horrible: la muerte?... ¡Bah! Lo horrible era el hambre, el dolor, la enfermedad..., demonios que no habían penetrado en el Cortijuelo. ¡El Cortijuelo!... Se acordaba del caserío vagamente, como si desde que lo visitó hubieran transcurrido unos años y no unas horas. La tos de la anciana, el pico encarnado de «Juan», los bramidos del compadre, la equivocación de la moquita, los sollozos del de la finura... Y luego el goterón, lo único que le había alarmado: «¡Toc, toc, toc!» Lo demás... ¡Le parecía tan viejo y tan oscuro lo demás!... Y, sin embargo, todo asombraría a la gente, que estremeceríase, aterrada, como el barrigón. Si le hubiesen revelado de pronto la hazaña del que oprimíale entre sus puñtorrillas, ¡con qué brinco de ciervo habríase levantado don Pepe para huir!... Le regocijó la idea, y, conteniendo la risa, leshizo el envoltorio de los fambres y el pan y le invitó:

—Un bocao, amigo.

—Gracias.

—Sin gracias. Y ostédes—añadió encarándose con los del laudo—piquen tamén. Yo en los toros tengo que convidar a los que estén a mi verita. Pero lo hago de güena fe, y como lo hago de güena fe, meriendan conmigo o pelean conmigo. Ostés elegirán.

—Hombre, yo, manifestó jocosamente don Pepe—, entre un cacho de jamón y una torta, la verdá, me quedo con el jamón.

—Pos al jamón.

Hizo el reparto Cintas, y enorgullecido y excitado por lo que ocurría en el redondel, comenzó a emborrar ávidamente. El cuatit cornudo, bravísimo, acometía con elega furia, so-

portaba los puyazos con tanta insensibilidad como si fuera de bronce, y empujaba, volteaba y abría en canal a los jamelgos con una violencia incontrastable. El campesino, fuera de sí, moviase como si desde su asiento quisiera ayudarle al bruto a despachurrar caballos, romper tablas y hundir costillas de picador, y gritaba enajenado:

—¡Jay, toro!... ¡Tú, toro bravo!... ¡Dale, dale a esos tumbones!... ¡Duro ahí!...

El Guerra, en un quite, arrodillóse y le limpió el hocico al animal, y este rasgo de audacia pasmó al labriego.

—¡Ole! ¡Ole, y viva la madre que te parió, rey der mundo! Pero ¿habéis visto ostés cómo le ha limpio los mocos ar bicho, iguá que si fuese una criaturiya?

Y agregó, amenazando con una botella al Espartero:

—¡Anda a cogel esparto, tío sirote, manteson, que me caigo en la torre del Oro y hasta en er Girardiyo!

Mientras banderilleaban a la res, Guerrita, que había saltado al callejón para que le amarrasen un macho, aumentó su júbilo con unas palabras inolvidables. El gordo, que era amigo del lidiador—y tal superioridad hizo crecer un metro en el concepto del cortacabezas—le interrogó cariñosamente:

—¿Te gusta el berrandiyo, Rafael?

—Como que es canela de la fina, ¡Gracias a Dios, que ya está uno jarto de marrajos!

—A ver si hay suerte.

—¡No la ha de haber!—replicó soberbiamente el artista—. Le voy a da un pase ayudao, otro ar naturá, pa prepará uno de pecho, otro por arto y otro ayudao por bajo, pa que me se cuadre. Y como me se cuadre, entro, me doblo esta uña en er morriyo, y de la estocá lo jago calbón.

Y así fué. Guerrita, ejecutando lo que había anunciado, dibujó en un minuto los cinco pases y atizó, acometiendo como un rehilete, una estocada tremenda, y una ráfaga de exaltación delirante privó de sentido común a diez mil criaturas. Cintas Rojas, llorando, pataleando y aplaudiendo, aullaba bravías singularidades:

—¡Viva Córdoba!... ¡Viva San Rafaé su patrón y viva er califa!... ¡Eso es torear y matal, cochinos! ¡Jorobase

ahí! Tómal ahí torre del Oro der que sortó por el / / / er moro! ¡Morilse ahí de asco!

Los otros señores y don José, pálidos o enrojecidos, chillaban cuanto podían y fraternizaban ya con el fierabrás del cuchillo, que parecíales un hombre de una vez, lleno de simpatía y con unas despachaderas que tumbaban de espaldas. Charlando afectuosamente, comentaron el triunfo del hábil lidiador al apagarse el estrépito de los aplausos, sin envenenar los elogios con censuras para el matador obscurcido, al que hasta Cintas Rojas pareció compadecer, y así, obsequiándose mutuamente con finuras, y bebiendo en la misma botella, y agasajándose con los fillices de la amabilidad, hubiesen estado hasta el término de la función si no los hubiera separado un horrendo accidente: Guerrita, el coloso, el portento, el invencible, se descuidó como un torerillo vulgar, y una res estúpida le volteó igual que habría volteado a un pelele, y le hizo una pelota entre sus pitones y le arrojó a tierra con selvático furor. ¡A él, a Guerrita!... Don Pepe y los demás señores que alternaban con el campesino fuéronse a escape para interrogar a los médicos; algunos «aficionados» lamentáronse como histéricas; otros reconvinieron con excesiva confianza a la Divinidad, y hasta que se supo que el glorioso campeón no había padecido más que leves contusiones, nadie se preocupó de lo que pasaba en el ruedo. Y menos que el guerrista más próximo a la locura, un vejete cuya nariz decoraba una verruguilla bermeja, que con un niño macilento en los brazos, entre bigotudos y graves guardias civiles, recorría la plaza con lentitud mirando al público.

El Espartero estaba ya toreando con su muletilla, y Cintas Rojas, a quien el dolor de la catástrofe le había afilado la lengua, le hostigaba con la flor del repertorio de sus insultos. El primer pinchazo del torero lo castigó con una risilla sarcástica y varios juicios ponzoñosos, y después, al herir con más profundidad el lidiador, unas cuantas veces, se apresuró a vaciar el fardel de sus insolencias, sus groserías y sus procacidades para que, si rodaba el cornudo, no se le pudiesen en el cuerpo. Mas el toro, fuerte como una montaña, no quería rodar, y con tres estogues en el morrillo

y tragándose su propia sangre se apoyaba en la barrera, a fin de no caer.

—¡Qué maltirio!—rugió el labriego—. ¿No te da lástima, tripas de coldobán? ¿Ni a degoyal has aprendido, airota indeseante?

Y entonces le oyó el pequeñín enfermito, y se alebró entre los brazos del viejo de la verruga y rechinaron sus dientes de pavor.

—¿Qué te pasa, Antoñuelo?

—¡Ayí, ayí!

Los guardias rodearon al niño.

—No llores, hermoso. ¿A quién has visto tú?

—¡Al compadre! ¡Nos va a matar!

—Pero ¿dónde le has visto?

—¡Ayí, ayí abajo!

Y le descubrieron todos.

—¿Ea, tío Alguacil?—preguntó un guardia.

—Sí es.

—Vamos, buena suerte.

Pusiéronse de acuerdo, y en seguida, en cuanto llegó una pareja al callejón, apostóse otra detrás del banco, y un sargento interpeló al miserable:

—¡No se mueva, Cintas!

Pero Cintas Rojas, que no le sintió y que ni siquiera había reparado en los tricornios, no pensaba en fugarse; Cintas Rojas, frente al matador que, descompuesto y airado, pinchaba al toro en el hocico para que agachase el testuz y le permitiera descabellar, bramaba con indignación generosísima?

—¡A la jorca, a la jorca! ¡Eso no se hace con un toro, asesino!

J. López Virella (Chirmano)

Viena Repostería Capellanes

Chocolate „Reina Victoria“. — Ricas mantecadas a 0,10. — Pasteles, Du'ces, Pastas y Postres. — Pan de Viena, candéal y francés. — Pan de gluten para diabéticos a 0,10 el panecillo y 1,20 la caja de doce. — Servicio a domicilio. — Jamón en dulce, elaborado procedimiento exclusivo. Vinos gallegos de Rivero y Los Peares a 1,50 y 0,75 la botella.

100 pesetas en tickets de compras dan derecho a una cartilla de 5 pesetas de la Caja Postal de Ahorro.

Mendizábal, 34 - Arenal, 30 - Preciados, 19 - Martín de los Heros, 33 y 35 - Marqués de Urquijo, 19 - San Bernardo, 88 - Alarcón, 11 - Génova, 24.

Teléfonos 1953 - 1937 - 1957 - 1905 y 1868.

Es lo mejor

La ciencia tiene demostrado que la caída del cabello es debida generalmente a enfermedades de las raíces capilares o bulbos. Usando **La Flor de Oro** evitaréis esas enfermedades y tendréis la cabeza y el cabello sanos y conservaréis su color. — Se vende en las perfumerías y droguerías.

COMPañY

FOTÓGRAFO

FUENCARRAL, 29

„EUREKA!“



Es el mejor calzado
Nicolás M. Rivero 11

IMPORTANTE

A nuestros lectores de Madrid y Provincias que tengan incompletas sus colecciones, pidan los ejemplares que precisen a vendedores y kioscos.

Servimos constantemente números atrasados a nuestros Corresponsales, sin recargo de precio.

DOTÚ

SASTRE
Preciados, 42

ELEGANCIA
DISTINCION
ECONOMIA

Preciados, 42

AGUA MINERAL NATURAL PURGANTE

PENAGALLO

Pida usted la botella de una dosis.

Manantiales en Loeches.

Propietario: LUIS SANZ - Dirección y Depósito: Montera, 29, bajo - Madrid - Teléf. 11.76

FÁBRICA DE CORBATAS

CAPELLANES, 12 - MADRID - Casa fundada en 1870

Camisas, guantes, pañuelos, géneros de punto.

Elegancia, surtido, economía.

Precio fijo.

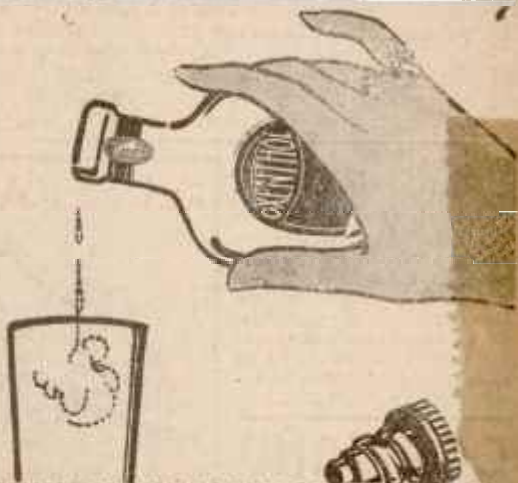
La Escuela BERLITZ

Preciados 9

no enseña más que idiomas, pero los enseña bien

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA

Oxenthol



Oxenthol

reune las condiciones de antiséptico bucal insuperable, porque tiene como base el oxígeno; NO ES CAUSTICO Y NO ALTERA EL SABOR.

Oxenthol

previene las inflamaciones y enfermedades de la boca, porque mantiene esa parte del organismo en perfecto estado de asepsia. Unas gotas de

Oxenthol

en un vaso de agua templada aseguran, al enjuagarse, dentadura sana, porque fortalecen las encías y evitan las caries.

Ud. lo usará

Última creación de la Perfumería Floralia